

de honor. Seguian la guardia suiza y la guardia noble formando la escolta del Santo Padre y el Sacro Colegio. Al llegar el Soberano Pontífice á la confesior, se puso de rodillas y rezó las oraciones de costumbre. Los cardenales y los obispos igualmente prosternados rezaron á su vez. Levantad ahora vuestras miradas hácia la cúpula y fijadlas sobre la gran tribuna de Santa Verónica, cuyo balastrado esta provisto de girándulas con antorchas encendidas. En medio de estas resplandecientes luces aparecen dos canónigos del Vaticano que muestran en silencio el Divino Rostro, la lanza, una porcion de la verdadera cruz y otros reliquias mayores, precioso monumento de la Pasion de Nuestro Señor y de nuestra feliz redencion. Y todo el pueblo, así como las diversas cofradías de la ciudad, solemnemente reunidas, adoran en silencio y piden misericordia.

Así como la capital del mundo cristiano despierta en el dia del aniversario del deicidio en inefables sentimientos de compuncion y de amor, así expía cada año en el primer templo del universo las irrisiones sacrílegas del Gólgota. Acabada la adoracion, se levanta solo el Santo Padre, dejando á toda la concurrencia prosternada, y precedido de la cruz, llevada por un auditor de Rota, sale de la basilica para volver al Vaticano, adonde le acompañan los guardias nobles con sus antorchas encendidas. Tal es el profundo respeto que rodea aquellas reliquias preciosas, que fuera de los dias de exposicion pública, ninguno puede venerarlas sin una concesion especial del Pontífice.

Mientras todo esto pasaba en San Pedro, las iglesias de Roma repetian á los numerosos fieles los dolores del Hombre-Dios. En el Jesus, en Santa María *in Trastevere*, en Santa María del Sufragio, *del Pianto*, y en San Lorenzo habia el ejer-

cicio de las tres horas de agonía. Al salir de todos aquellos santuarios, la muchedumbre enternecida se dirigia al Coliseo, al Caravita y al cementerio de San Francisco de Paula *ai Monti*, para rezar el vía-crucis, es decir, para cubrir de besos y regar con sus lágrimas la vía dolorosa que el mismo Salvador regó con su sangre. Pero al lado del rey de los mártires está María la Madre de la gran Víctima y reina ella misma de los mártires; la piedad romana no podia olvidarla. Si despues de la caida del dia, entráis á las iglesias de Santa Lucía *alle Borteghe oscure*, á la de San Marcelo en el Corso, á la de los Santos Vicente y Anastasio, cerca de la fuente Trevi, encontráis á todo un pueblo en el ejercicio piadoso de María desolada (pésame). En fin, para que nada falte á la catolicidad del dolor, la Iglesia griega, como á las tres de la tarde, celebra en San Atanasio, segun su rito particular, los funerales del Savador; y durante una parte de la noche la Academia de los Arcades repite en verso y en prosa, el más grande, el más lúgubre, el más feliz acontecimiento que puede registrarse en los anales del mundo.

Al volver de la asamblea, visitamos las tiendas de los tocineros de la ciudad, principalmente cerca de la Rotonda. Todas aquellas tiendas están dispuestas con perfecto gusto, é iluminadas interiormente con centenares de lamparillas de diversos colores. Flores, guirnaldas y bandas de papel dorado y de plata, adornan los jamones, las salchichas y otras piezas de tocinería, todo dispuesto con arte. En el fondo aparece siempre una imágen de la Virgen, ó algun misterio de Nuestro Señor, en un trasparente de mal efecto. ¿De dónde viene semejante costumbre? Los tocineros se regocijan del fin de la abstinencia y celebran con estas inocentes demostraciones la vuelta de su comercio.

¡Qué variedad proporciona la religion en la vida de un pueblo cristiano! De vez en cuando encontrábamos algunas patrullas, que como todos los regimientos de la guarnicion, llevaban las armas á la fune- rala. En Nápoles se conserva otra costumbre. Durante los últimos dias de la Semana Santa nadie puede servirse de coches; el rey y la familia real caminan á pié y sin pompa exterior, lo mismo que sus súbditos. Saludables costumbres de la fe, cuyo precio todo se comprende en un país en donde ya no existen.

## 26 DE MARZO.

Capilla Sixtina.—Canto del *Exultet*, de las Profecías y de las Letanías solemnes.—Misa del Papa Marcelo.—Biografía de Palestrina.—Canto del *Gloria in excelsis*.—El *All-luia*.—Visita al sepulcro de Palestrina.—Aspecto de Roma.—Misa armenia.—Coronacion de la Santísima Virgen.—La Trinidad le los Peregrinos.—El Coliseo á la claridad de la luna.

Durante toda la Semana Santa, el puesto del viajero está en la capilla Sixtina; hoy la misa del Papa Marcelo nos llevó allí á buena hora. En la historia del arte, esta misa es un acontecimiento; yo lo referiré bien pronto, así como la interesante biografía de Palestrina, autor de la inmortal composicion. La capilla habia vuelto á tomar algunos de sus adornos; el pavimento y las sillas del Sacro Colegio estaban cubiertas con sus tapices; el altar y el trono quedaban todavía cubiertos con colgaduras violeta. El Santo Padre, de capa roja, con mitra de lana de oro, y los cardenales con capa violeta, estaban en sus lugares. Como en todas las iglesias católicas comenzó el oficio por la bendicion del fuego nuevo y del cirio pas-cual. Al *Exultet* todo el mundo se levantó como para el Evangelio y oímos, si

no la música de los ángeles celebrando la resurreccion del Salvador, si á lo ménos el más hermoso recitado que á juicio de los conoedores, es capaz de regocijar el oido del hombre. Por lo que hace á mí, hubiera querido que el *Exultet* durase todo el dia.

A sus últimas melodías siguió el canto sucesivamente grave y melancólico de las Profecías y de las Letanías solemnes. Así toda la antigüedad pasa á vuestra vista y os creis trasportado á aquellas noches brillantes en que la Iglesia primitiva conducia á las fuentes sagradas sus numerosos enjambres de catecúmenos vestidos de blanco y llamaba sobre todos aquellos candidatos del cielo la proteccion de los gloriosos habitantes de la bienaventurada Jerusalem. El bautismo ha pasado y la feliz Madre que acaba de dar á su divino Esposo un pueblo de hijos, se estremece de alegría. En este momento el Soberano Pontífice toma la capa pluvial blanca, los cardenales la roja; se encienden los cirios del balastrado y los del altar colocados sobre seis candelabros dorados. Al llegar al pié del altar, el Santo Padre deja la mitra y comienza el Salmo *Judica me*, reza la confesion y sube á su trono en donde recibe la obediencia del Sacro Colegio. Un cardenal sacerdote va á celebrar la misa; pero ántes de seguirle al altar, debo cumplir mi palabra y contar la historia de Palestrina. (1)

En el curso del siglo décimosexto habia caido la música religiosa en un estado tal de corrupcion que el Soberano Pontífice habia resuelto desterrarla de su capilla. Entónces fué cuando surgió el génio de Palestrina, puro, como si los ángeles les le hubiesen inspirado su armonía y capaz de llevar hasta sus últimos límites la

1 Los pormenores siguientes están tomados de Monsieur Wiseman, y no hago más que traducirlos, compendiándolos.



perfeccion del arte musical. Juan Perlugi, llamado Palestrina del nombre de su ciudad natal, habia nacido en 1524 de padres pobres; su talento no tardó en darlo á conocer y entró como niño de coro al servicio de alguna iglesia. El buen éxito que obtuvo en este modesto teatro reveló su génio y á los veintisiete años fué nombrado director de la música en la capilla Julia en el Vaticano, á poco músico de la capilla papal, y por fin director de la música de la basílica de Letran. En 1560, compuso sus célebres *Improperia*, así como el *Trisagio* que se mezcla con aquellas como un estribillo. La impresion producida por esta composicion sencilla y sublime fué tal, que el año siguiente el Papa Pio IV rogó á Palestrina que permitiese hacer de ella una copia para su capilla, en donde despues ha sido ejecutada todos los años el Viérne Santos. Los *Improperia* son verdaderamente el triunfo de la naturaleza sobre el arte, y solo un gran génio ha podido concebir que las combinaciones más sencillas debían producir un efecto tan admirable. El doctor Burnet llama á Palestrina «el Homero de la antigua música,» y ninguna composicion puede merecer más que ésta, á aquel digno título. Pero su gloria no debía detenerse allí; se le puede llamar también el salvador de la música.

El Concilio de Trento habia decretado sabiamente la abolicion de toda música lasciva y profana en las iglesias. En 1564 el Papa Pio I nombró una congregacion de cardenales encargada de mirar por la ejecucion de los decretos del Concilio. Entre los ilustres mandatarios se hallaba San Carlos Borromeo, hombre de gusto como todos los verdaderos santos. Conocia la habilidad de Palestrina, que entonces estaba empleado en la capilla de Santa María la Mayor. El eminente y modesto compositor fué llamado el 10 de Enero

de 1565 á la Congregacion y ésta le rogó que escribiese una misa en la cual el tema no tuviese ninguna relacion con los aires profanos y en que las palabras pudieran oirse distintamente. No se le ocultó que del buen éxito de esta prueba dependia la suerte de la música de la Iglesia; si fracasaba, debía ser desterrada para siempre como profana de la casa de Dios.

Es fácil imaginarse la inquietud y también el noble orgullo de un génio semejante, cuando midiendo la responsabilidad de que estaba cargado, vió que á sus únicos esfuerzos estaban encadenados los destinos de su ciencia favorita; pero no retrocedió. En tres meses presentó tres nuevas misas; las dos primeras fueron grandemente admiradas, la tercera decidió la causa. El 29 de Junio de 1565 se ejecutó delante del Santo Padre en la capilla Sixtina la misa victoriosa. En medio del entusiasmo universal el Papa exclamó: «Así debieron ser los acentos que el apóstol Juan oyó en la Jerusalem celestial y que ahora, un nuevo Juan, ha renovado aquí en la tierra.»

Tal es la magnífica composicion que íbamos á oír. Es de seis voces, y entre ellas dos bajos y dos tenores. Por una parte, Palestrina queria evitar todo aire profano; por otra, dar á cada parte un vuelo variado, á fin de que cada una pudiese descansar. Resolvió el problema, adoptando el modo de que acabo de hablar. Este feliz expediente tuvo otra ventaja, aseguró un magnífico fundamento á la armonía por la estabilidad de sus partes bajas y medias, mientras que el contralto y el soprano podían cantar alternativamente. Agregad que la música es rica, armoniosa, imponente y sobre todo esencialmente moral, como debe serlo la música de iglesia: agregad también que en esta misa no hay confusion: cada parte es una parte real tan importante como las demas, y como ellas, llena de vida y de movimiento, y podéis

juzgar del prodigioso efecto de esta obra única.

A fin de sentirla mejor la escuchábamos con los ojos cerrados, cuando al entonar el *Gloria in Excelsis*, un movimiento involuntario nos los hizo abrir. En este momento dos clérigos de la *Floresia* colocados detrás del altar, descubrieron el tapiz del retablo que representa la Resurreccion de Nuestro Señor. Un rayo de sol vino á herir el cuadro é hizo resplandecer la figura del vencedor de la muerte. Un estremecimiento de alegría, con la rapidez del relámpago, se comunicó á toda la asamblea; las guardias nobles levantan sus espadas que tenían bajadas desde la víspera; los suizos sus alabardas; los maceros, sus mazas; los ujieres, sus varas; todas las campanas de la ciudad, mudas desde el Juéves Santo, suenan á todo vuelo y mezclan sus sonidos alegres al ruido solemne de los morteros de la guardia suiza y de los cañones del castillo Sant-Angelo.

Despues del canto del himno angélico, mirad venir á un subdiácono auditor de Rota, vestido con una túnica blanca y acompañado de un maestro de ceremonias. Hizo una genuflexion delante del altar y se dirigió al pié del trono pontificio en donde dijo en alta voz: *Pater sancte annuntio vobis gaudium magnum, quod est ALLELUIA.* «Padre Santo, os anuncio una gran alegría; esta es la Alleluia.» A estas palabras se prosternó, besó los piés del Pontífice y volvió á entrar á la sacristía para no volver á aparecer. «Iglesia de la tierra, tierna hermana en destierro, consuélate; un día dirás con tu hermana mayor el cántico de alegría. Recibe la prenda de tu futura dicha en esa palabra que un mensajero celestial te trae hoy; balbuce esa palabra del idioma del cielo, esperando que tú vengas á cantarla conmigo bajo los brillantes altares de la eterna Jerusalem.» Hé ahí todo lo que dice ese

mensajero misterioso y esa palabra más misteriosa todavía que el levita viene á traer al jefe de la Iglesia militante.

Acabada la ceremonia del anuncio, el celebrante canta el *Alleluia* tres veces, levantando la voz un tono, y cada vez los cantores responden en contra punto y no hacen la cadencia final sino hasta la tercera vez. Nos ocupamos un momento con aquellas hermosas ceremonias, y volvimos á la misa de Palestrina, que nos hizo gustar hasta el fin un encanto vivo como las sensaciones y tranquilo como las ideas. Así fué también el placer que nos causó, al salir de la capilla, ir penetrados de reconocimiento á orar en la tumba del inmortal compositor. Palestrina, inhumado por orden del Papa en la basílica de San Pedro, descansa al pié del altar de los apóstoles San Simon y San Júdas. En la piedra tumularia se lee esta inscripcion: *Joanes Petrus Alexis Palestrina, Musicae princeps.* «Juan Pedro Alejo Palestrina príncipe de la música.»

Desde el canto del *Gloria in Excelsis*, Roma entera habia cambiado de aspecto. Un aire de júbilo reinaba en todos los semblantes; las calles estaban llenas de gente. Entre aquellas olas populares unos bajaban, como nosotros, de San Pedro; otros venian de San Juan de Letran, adonde segun costumbre, se habia administrado el bautismo solemne á los catecúmenos judíos y mahometanos, en donde se habian expuesto las cabezas de San Pedro y de San Pablo y en donde por fin se habia hecho la ordenacion general. Todas las otras iglesias suministraban también su numeroso contingente y no se oían en la multitud más que estas palabras mil veces repetidas: *Buona Pasqua.* A estos saludos cristianos se añade en todas las calles las descargas de fusilería, en señal de regocijo y mientras elegantes carruajes paseaban en medio de las aclamaciones de los



enormes salchichas colgadas de sus doseles de ramas, anunciando así el fin de la cuaresma, se veía á los padres de familia llevando en sus brazos el blanco cordero que cada familia se ha impuesto el deber de comer el día de Pascua. Este espectáculo, que revelaba ante todo á una ciudad religiosa, es para el viajero francés una fuente de amargos goces. Nuestros padres conocieron como los Romanos aquellas sencillas y santas alegrías, que interrumpen tan útilmente la monotonía de la peregrinación en el valle de los dolores. Nosotros las hemos herido con un desden soberbio y las hemos desterrado completamente de nuestras costumbres y hasta de nuestras ideas. ¡Aun queda por saber si con eso nos hemos hecho mejores ó más felices!

Placeres del mismo género, aunque de naturaleza diferente, nos estaban reservados por la tarde. Como á las cuatro celebran los Arménios católicos, en la iglesia de Santa María Egipciaca, la primera misa del día de Pascua. Un obispo de aquella nación, rodeado de numeroso clero, estaba en el altar. El traje oriental del Pontífice, el de los sacerdotes y de los fieles, su idioma, su canto, su rito, prestan un gran interés á este oficio que desarrolla á la vista del cristiano una página magnífica de nuestra venerable antigüedad. No dejamos el oficio arménio, sino para trasladarnos á San Marcelo á donde nos llamaba otra función llena de gracia y de oportunidad; quiero hablar de la coronación de la Santísima Virgen. Ayer había llorado Roma con la madre de los dolores; hoy se asocia á sus alegrías, y en la efusión de su filial ternura, va á cumplimentarla en la resurrección del Salvador. Alrededor de su altar, magníficamente iluminado numerosos fieles cantan las alegrías de la divina Madre. Se la felicita, se la bendice, se la implora, se la dice todo lo que pueden decir los hijos bien nacidos en el entusias-

mo de su amor y de su alegría, á una madre únicamente querida. El *Gloria in Excelsis* de la mañana; la coronación de la Santísima Virgen por la tarde; estas dos grandes felicitaciones dirigidas á Jesús y á María, han pagado el tributo de la piedad romana, y todos los corazones satisfechos esperan con impaciencia la solemnidad del día siguiente.

Tanto amor de parte de las dos augustas víctimas del Calvario, no será una lección perdida para su familia. «Yo os he dado el ejemplo á fin de que hagáis como he hecho,» tal fué la prescripción del Maestro, después de haber lavado los pies de sus discípulos. Roma, única entre todas las ciudades del mundo, cumple fielmente, públicamente, constantemente, esta divina palabra. Eran las ocho de la noche cuando llegamos al hospicio de los Peregrinos, en donde nos esperaba aquel maravilloso espectáculo de la caridad. El soberbio edificio debe su fundación á San Felipe Neri. Allí se reciben gratuitamente durante tres, cuatro y aun siete días, á los peregrinos, hombres y mujeres, á quienes la piedad lleva á Roma. Para ser admitidos, deben llegar de un país lejano más de sesenta millas y presentar una certificación de su obispo ó de sus grandes vicarios, que atestigüe que van á Roma para visitar los santos lugares. Algunos cofrades, llamados recibidores, examinan aquellas certificaciones para evitar todo fraude. En la Pascua el número de los peregrinos es de tres á cuatrocientos. El hospicio forma dos cuerpos de alojamientos separados, uno para hombres y otro para mujeres. El número total de camas es de cuatrocientas ochenta y ocho, y en todos los refectorios reunidos se puede servir á la vez á novecientas cuarenta y cuatro personas.

Los peregrinos encuentran, al llegar, hermanos y hermanas á quienes nunca han visto y que les reciben como si fueran an-

tiguos conocidos. Estos hermanos y estas hermanas son los miembros de la cofradía del Santo Sacramento fundada por San Felipe Neri. Su traje, símbolo de la caridad, se compone de una amplia toga roja fajada con un cinturón del cual pende un gran alzacuello blanco semejante al de nuestros magistrados. El de la mayor parte de los peregrinos recuerda la Edad Média, la Tierra Santa, las Cruzadas, Santiago de Compostela y los otros lugares cuya historia contada en el hogar doméstico por el abuelo de cabellos blancos, llenó de encanto nuestra infancia. El gran sombrero fieltro de alas extendidas, el capelo de tela encerada cubierto de conchas, la calabaza al lado, el bastón en la mano; tal es su piadoso y poético traje.

Una caridad atenta se informa de sus necesidades y provee á todo. Después cuando hay suficiente número de peregrinos, los cofrades les dan el brazo. Cada cofrade lleva á dos, y de tres en tres, se dirigen en procesión á San Pedro para dar gracias al Padre común por el buen éxito del viaje y van á depositar *ad limina Apostolorum*, el primer homenaje de su piedad. De vuelta á la Trinidad, se entra en el lavatorio que está en el piso bajo y se compone de dos salas destinadas á lavarse los pies. La de los hombres contiene sesenta personas á la vez; la de las mujeres cincuenta. Estos pobres extranjeros de todas edades y de todos países, sentados en banquillos fijos en las paredes, reciben el humilde servicio de lavarles los pies de mano de todo lo que Roma cuenta de más ilustre. Hé visto allí jóvenes de familias distinguidas, á ricos negociantes, á príncipes, á obispos, á cardenales y á grandes y nobles damas. Sus brillantes carruajes cubrían la plaza de la Trinidad, mientras ellos mismos, señores y señoras, se hallaban convertidos, por amor á Jesucristo, en siervos y siervas de los pobres y esta-

ban de rodillas delante de los muy amados del Dios Redentor, cumpliendo con todo amor los deberes de la hospitalidad cristiana.

Al lavatorio de pies, sigue la comida. Los refectorios son largassalas abovedadas á cuyo alrededor reinan dos mesas cortadas de trecho en trecho para facilitar el servicio. Esto era el Sábado Santo; la comida era frugal pero servida con limpieza; el cardenal Acton la presidía. Este príncipe de la Iglesia fué á decir el *Benedicite* con su gran saco rojo y solo se podía reconocer por su solideo. Todos los peregrinos se levantaron, rezaron con él, se volvieron á sentar luego y comenzó la lectura. Ella refería el acto de caridad que las santas mujeres habían querido ejercer con Nuestro Señor en el sepulcro al llevarle perfumes para embalsamar su cuerpo. El cardenal volvió á entrar á la cocina, y ayudado de un obispo francés y de otros personajes eminentes, hacia los platillos que ponía en una gran charola. La sopa, así como los otros llegaban á los peregrinos por manos de cofrades de un rango igualmente distinguido. Vimos entre otros á los jóvenes príncipes de España y al cardenal Schwartzemberg. Andaban alrededor de las mesas y servían con una gracia perfecta á los huéspedes de la caridad que se veían confundidos por tanto honor y estaban enternecidos hasta derramar lágrimas.

Quien quiera que sea el espectador no puede dejar de participar de su emoción y de bendecir á la vez al Dios que ha sabido hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos; á la Iglesia romana que perpetúa de una manera tan tierna las lecciones del divino Maestro; á aquellos nobles cofrades que en nuestro siglo de egoísmo, practicaban á la letra las lecciones de abnegación que salvan á las sociedades; y á aquellos pobres peregrinos,



jóvenes, ancianos de cabellos blancos, tier-  
nas madres, hermanas desinteresadas, que  
habían venido todos á pié y de tan léjos  
por conseguir la salvacion de alguna per-  
sona querida, cumplir algun voto y seguir  
aquella larga procesion que despues de  
diez y ocho siglos se traslada de todas las  
partes del mundo á las gloriosas tumbas  
de los Apóstoles.

El refectorio de las mujeres presentaba  
el mismo espectáculo. Despues de la ac-  
cion de gracias todos los peregrinos se di-  
rigieron á la capilla para hacer allí en co-  
mun la oracion de la tarde. Se abrieron  
los dormitorios y cada viajero encontró  
allí un lecho preparado por las manos ma-  
ternales de la caridad.

La recepcion de los peregrinos no es de  
parte de los fieles de Roma una de esas  
fáciles demostraciones que produce la va-  
nidad y que la moda sostiene algun tiem-  
po; ésta es aquí una obra seria que ha  
atravesado los siglos y que impone enor-  
mes sacrificios. Las solemnidades de San  
Pedro, el Santo Sacramento, de la Por-  
ciúncula y muchas otras todavía llevan á  
Roma un crecido número de peregrinos.  
Durante la Semana Santa varía de cua-  
trocientos á quinientos. En los años del  
Jubileo es más considerable. Los archivos  
de la Trinidad dan el cuadro siguiente de  
los peregrinos hospedados en el estable-  
cimiento en aquellas épocas solemnes:

Jubileos.	Total de las bocas.	Balanco por día.
1,575	116,848	320,04
1,600	324,600	889,31
1,625	582,760	1,596,60
1,650	308,533	845,29
1,675	811,777	854,18
1,700	300,000	821,91
1,725	382,140	1,046,95
1,750	194,832	533,78
1,775	271,970	745,12
1,825	273,299	745,12

Así, al gasto anual que es de cerca de cien  
mil francos, tanto para los convalecientes  
como para los peregrinos, se añade cada  
veinticinco años un gasto extraordinario  
de más de quinientos mil francos. La ca-  
ridad romana es la que hace todos estos  
gastos.

Para completar nuestras impresiones, ó  
si se quiere, para hacerlas más vivas por  
un gran contraste, nos dirigimos al Coli-  
seo. Las nueve sonaron en el *Jesus* y ha-  
cía una luna magnífica. Roma entera es-  
taba en silencio. Sobre las losas de la vía  
Salaria no se oían más que los pasos de  
nuestra caravana compuesta de cerca de  
quince personas. Muchas veces había yo  
visto el Coliseo durante el día y me había  
parecido grandioso; á la claridad de la lu-  
na me pareció espantoso. Cuando los ra-  
yos oblicuos del astro de la noche, atra-  
vesando las anchas aberturas, penetran  
en los vomitorios 1 medio arruinados, ilu-  
minan las desigualdades del colosal edifi-  
cio y os dejan entrever en todas sus partes  
aquella montaña de ruinas negruzcas, si-  
lenciosas, amenazadoras, un frio extreme-  
cimiento de terror corre por vuestras ve-  
nas, oprimís el brazo de vuestro compa-  
ñero y no sabéis si debéis quedaros ó huir.  
En la extremidad de la arena nos esperaba  
un guía provisto de una larga antorcha  
resinosa. Siguiéndole subimos lentamente  
las gradas que conducen al primer piso,  
al que dimos vuelta cuanto lo permiten  
las anchas grietas de la plataforma. Teni-  
amos que pasar por todas aquellas sillas  
ocupadas en otro tiempo por los Césares,  
el Senado y las vestales. De allí subimos  
al piso superior, el único que queda accesi-  
ble. Al llegar á la galería, toda la tropa  
de viajeros se puso á cantar. Este volúmen  
de sonido, aunque débil, pero cuyo poder  
aumentan singularmente los ecos de las

1 Puertas del anfiteatro.

vastas paredes, da una idea del efecto pro-  
ducido, cuando existía el Coliseo todo en-  
tero, por los aullidos de las fieras, los ins-  
trumentos de las orquestas, los gritos de  
los gladiadores, las vociferaciones y el pa-  
talo de cien mil espectadores deseosos de  
sangre y de placeres. ¡Qué espectáculo!  
¡qué contraste! Saliamos de la Trinidad  
de los Peregrinos, adonde habíamos visto  
á los príncipes y á las princesas de rodi-  
llas delante del pobre, y estábamos en el  
Coliseo, en donde el rico y el poderoso  
hacían devorar para su gusto, al pequeño  
y al débil; allí inmensas riquezas gastadas  
en obras de la más tierna caridad, aquí el  
oro del mundo prodigado en escenas de  
matanza. Tal es el intervalo que el Evan-  
gelio ha puesto entre nosotros y el paga-  
nismo. La Trinidad de los Peregrinos y  
el Coliseo, inmediatos uno á otro y vistos  
el mismo día de la Semana Santa, presen-  
tan al espíritu del observador imparcial  
la divinidad del cristianismo en su más  
alto poder; hacen más, la hacen sentir en  
el corazón.

### 23 DE MARZO.

Pascua.—Vista de Roma y de San Pedro.—En-  
trada del Papa.—Misa.—Vista de la plaza de  
San Pedro.—Bendicion solemne.—Fiestas en  
las familias.—Iluminacion del Vaticano.

La artillería del castillo de Sant-An-  
gelo anunció desde la aurora la vuelta de  
la gran solemnidad. Toda la poblacion  
romana, aumentada con sesenta mil ex-  
tranjeros, se apiñaba en las iglesias, obs-  
truía las plazas y se dirigía en olas tumul-  
tuosas al puente Elico y á la basilica de  
San Pedro. Un aire de júbilo animaba  
todos los semblantes; el cielo estaba mag-  
nífico. Algunas nubecillas aquí y allá mo-  
deraban los rigores del sol, sin quitar na-  
da á sus rayos del vivísimo brillo que de-  
bía iluminar el más bello día de la ciudad

eterna y del mundo. ¡Pero cómo describir  
aquellas ceremonias! La pluma puede muy  
bien darlas á conocer en todos sus porme-  
nores; en cuanto á expresar la impresion  
que ellas producen siempre tendrá que  
retroceder el espectador ante esta tarea im-  
posible.

La pompa de los oficios excede á la de  
Navidad; los más ricos adornos, los vasos  
sagrados más preciosos lucen su magnifi-  
cencia en el altar alrededor del trono pon-  
tificio, en los bancos del Sacro Colegio y  
en todas las partes de la basilica. Las  
avenidas del pórtico y la gran nave hasta  
la Confesion de San Pedro están ocupadas  
por los regimientos pontificales. Las guar-  
dias suizas, las guardias nobles, los gene-  
rales de las tropas romanas, de gran uni-  
forme, hacen el servicio cerca del Sobera-  
no Pontífice. Su Santidad es recibido bajo  
el pórtico por el cabildo del Vaticano,  
llevando á su cabeza al cardenal arcipres-  
te. Al desfilar el cortejo delante de la  
estátua de Constantino, los tambores ba-  
ten marcha, las campanas de la basilica  
suenan á todo vuelo y las trompetas de la  
guardia noble estallan en alegres sonatas.  
El Papa pasa el umbral de la gran puer-  
ta del templo, y los cantores de la capilla  
entonan la antifona *Tu es Petrus*. Este  
momento tiene algo de imponente y so-  
lemne que no se puede describir. El Santo  
Padre, llevado en la silla, se adelanta ma-  
jestuosamente hácia la confesion; allí se  
baja, y despues de una corta adoracion  
sube al trono de Tercia, recibe la obediencia  
del Sacro Colegio y comienza la misa.  
A esta sigue la manifestacion de las reli-  
quias mayores de la cruz, del Divino Ros-  
tro y de la Lanza, y despues de esto, la  
bendicion solemne desde lo alto del gran  
balcon.

Antes de las once la plaza de San Pe-  
dro presentaba un golpe de vista único en  
la tierra. En los extremos inferiores había